

## Utilización y revalorización del pasado. La restauración de la arquitectura religiosa en el Gran Bilbao (1876-1936).

Eva Diez Paton

Correo electrónico: ediezpaton@euskalnet.net

Institución: Universidad del País Vasco.

Mesa: Memoria del pasado.

---

La actitud frente a las obras del pasado es una respuesta subjetiva determinada por la necesidad de satisfacer las exigencias de la voluntad moderna de arte, como así lo explicó Aloïs Rielg al definir el valor artístico. Hasta el siglo XIX el concepto de monumento mantenía la significación acuñada en época del Renacimiento, abarcando únicamente las obras de época clásica. La apertura ideológica del Romanticismo alumbró la idea moderna de monumento, dotándolo de diferentes connotaciones ideológicas, políticas y por qué no, emocionales.

La Revolución francesa de 1789 conllevó, además de un profundo cambio político e ideológico, una gran destrucción monumental. Un vandalismo artístico sin precedentes que puso en alerta a instituciones y eruditos de la época sobre la necesidad de conservar y reparar el patrimonio colectivo. Los escritores románticos identificaron en los monumentos las características propias del espíritu romántico, es decir, el individualismo, la imaginación y la creatividad.

Mientras algunos autores, como François-René de Chateaubriand, avivaron la llama de la fe cristiana tras la Revolución vinculándola con la arquitectura medieval, otros como Augustus Welby Northmore Pugin proponían la arquitectura como modelo moral y religioso capaz de convertir desde la belleza y acercar a los hombres los “verdaderos principios”. La redención social a través de la arquitectura gótica, ilustrada en la conversión del propio Pugin al catolicismo: “*se está construyendo ahora una hermosa capilla; estoy convencido de que, cuando esté terminada, me convertiré*”. Arquitectura y religión forman un ente orgánico, un ser vivo que se desarrolla y es capaz de transformar a las personas.

En otros lugares se exaltó la unión nación-monumento. En Alemania, Johann Wolfgang Goethe publicó “*Sobre la arquitectura alemana*” (1773) a modo de himno, ensalzando la figura del arquitecto y de la propia Catedral de Estrasburgo. El autor propuso la unión del poeta con el pueblo a través del sentimiento colectivo de la nación alemana, encarnada en la propia Catedral.

Además de la revalorización ideológica del monumento se comenzó a analizar la arquitectura de un modo racional y científico. Un primer paso fue la ordenación estilística de los diferentes períodos de la Historia del Arte y la Arquitectura. Este hecho vino motivado en gran medida por el desarrollo del historicismo romántico bajo la creencia de que se puede alcanzar “*una adecuada comprensión de la naturaleza de cualquier fenómeno y un juicio adecuado de su valor, considerando tal fenómeno en términos del lugar que ha ocupado y el papel que ha desempeñado dentro de un proceso de desarrollo*”<sup>1</sup>. Este planteamiento encaminó a los eruditos del siglo XIX a una investigación filológica de la historia que desembocaría irremediabilmente en el positivismo.

Esta progresiva maduración crítica del concepto patrimonio histórico fue la base reflexiva sobre la que se asentó la preocupación por la conservación de este patrimonio cultural, dando lugar al nacimiento de la “restauración artística” como disciplina científica. Con ella se fue generando un corpus teórico y científico en el que los arquitectos restauradores podían apoyarse en sus intervenciones sobre los monumentos históricos. Así surgieron diversas teorías en continua reflexión con el fin de recuperar y transmitir a las generaciones venideras las formas y valores que en los bienes histórico-artísticos se guardaban. Francia, Italia, Inglaterra y Centroeuropa fueron los países pioneros en el estudio y valorización del nuevo concepto de restauración, cada vez más cargado de matices y más respetuoso no sólo con la obra original, sino también con los elementos que a lo largo del tiempo se habían ido añadiendo al mismo.

Dentro del caso español observamos cómo desde la desamortización de 1836, promulgada por Juan Álvarez Mendizábal, el patrimonio monumental fue convertido en un medio para regenerar la quebrantada economía española. Numerosos pensadores y eruditos de la talla de Pedro Madrazo, Manuel Assas y José María Quadrado, entre otros, pusieron voz a los monumentos en destrucción en revistas como “No me Olvides”, “El Artista” o “Renacimiento”, alertando a una sociedad poco interesada en la conservación

---

<sup>1</sup> MANDELBUM, N. A. *Study in Nineteenth Century Thought*. Citado por HERNANDO, Javier. *El pensamiento romántico y el arte en España*. Madrid: Ensayos Arte Cátedra, 1995, p. 113.

monumental de la necesidad de perpetuar la vida del tesoro de la nación. La formación en 1844 de la Comisión Central de Monumentos marca el comienzo de la protección monumental en España. Este organismo, que pasó a depender en 1857 de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, junto a sus Comisiones Provinciales, debía velar por la conservación del patrimonio y evitar restauraciones inapropiadas. Los arquitectos fueron poco a poco asimilando los principales criterios europeos, siendo la restauración en estilo la teoría más seguida. Ya en el siglo XX, arquitectos como Leopoldo Torres Balbás o Jeroni Martorell abogaron por posturas más cercanas a la conservación monumental defendida en la Carta de Atenas de 1931.

En el País Vasco, tras el final de la última Guerra Carlista en 1876, se comenzó una lenta actividad restauradora promovida desde un primer momento por la propia feligresía de las villas, pueblos y anteiglesias. Un análisis de las intervenciones realizadas en el Gran Bilbao revela tres tipologías diferenciadas. La primera agrupa las reposiciones urgentes motivadas por la destrucción bélica. El segundo tipo lo constituyen pequeñas intervenciones que pretendían mantener el decoro de los templos, es decir, obras sencillas para perpetuar la vida de la arquitectura. Acciones aparentemente sin trascendencia para el estudio del historiador pero que constituyen un ejemplo de lo que podríamos denominar conservación mínima. Finalmente, el último grupo lo conforman las grandes obras de restauración monumental. Proyectos arquitectónicos en los que se pretendió recuperar y dotar de ciertos valores a los monumentos y donde se invirtieron grandes sumas de dinero. Así, el patrimonio histórico-artístico se convirtió en símbolo de la historia de las ciudades y países, en un lazo irremplazable con el pasado, transformándose en “contenedores” de valores religiosos, históricos, artísticos y nacionales en pleno auge del neocatolicismo y de los nacionalismos.

La Villa de Bilbao fue el núcleo donde se emprendieron un mayor número de intervenciones, restaurándose todos sus templos tras los desastres sufridos en la Guerra. En un Bilbao inmerso en plena efervescencia urbanística, muchos de los arquitectos que en ese momento construían el nuevo Ensanche participaron también en diferentes restauraciones. En el periodo que abarca nuestro estudio identificamos dos grupos de arquitectos: la primera generación del Ensanche, con figuras como Severino Achúcarro, José María Basterra, Alfredo Acebal o Julio Saracíbar, y, ya en el siglo XX, una segunda generación formada por Manuel Ignacio Galíndez, Diego de Basterra y Calixto Emiliano Amann, entre otros.

Entre las diversas restauraciones emprendidas destacó la realizada en la Basílica-Catedral del Señor Santiago. Además de devolver el decoro a un templo muy deteriorado durante las contiendas carlistas, las obras constituyeron una intervención arquitectónica y religiosa, ya que se pretendía mantener los sentimientos católicos del pueblo bilbaíno, que *“no puede mirar con indiferencia el abandono que existe en muchas cosas que tan directamente contribuyen á sostener y fomenta estos sentimientos”*<sup>2</sup>. Estas palabras traslucen la corriente neocatólica que comenzaba a imperar en España y que intentaba conciliar las nuevas condiciones político-sociales con la doctrina católica. El arquitecto encargado fue Severino Achúcarro quien, siguiendo unos postulados violetianos, erigió una nueva torre y portada neomedievales relegando al olvido la antigua obra que aún se conservaba. Finalmente, entre 1929 y 1936, y gracias a la ayuda de la Diputación de Vizcaya, el arquitecto Manuel Ignacio Galíndez restauró el claustro de la Basílica-Catedral, uno de los pocos claustros góticos conservados en el Señorío.

La estratégica situación de la Basílica de Begoña la convirtió en un objetivo prioritario durante las diferentes guerras, con el resultado final de la demolición de su torre. Esta destrucción llevó a innumerables reconstrucciones sin que ninguna de ellas llenase las expectativas de la Junta de Fábrica. Pasados los años se promovió un concurso para erigir una nueva que estuviera a la altura de uno de los hechos más destacados dentro de la historia de la Basílica, la proclamación de la Virgen de Begoña como Patrona de Vizcaya. La torre fue levantada a comienzos del siglo XX por el arquitecto José María Basterra.

En el resto de la comarca destacan las restauraciones de las iglesias de Santa María de Portugalete y Santa María de Erandio. En Portugalete el arquitecto Julio Saracíbar reconstruyó el coro en estilo neogótico e intentó ampliar su intervención a la torre del templo. Su proyecto no recordaba en nada a la obra anterior, pretendiendo crear una monumental torre puerta neomedieval extremadamente grandilocuente y poco acorde con la tradición local. Finalmente, el proyecto fue paralizado, encargándose posteriormente a los arquitectos Casto de Zavala y Francisco de Angoitia, que mostrando unas avanzadas ideas para la época y el lugar, rechazaron cualquier tipo de recreación arquitectónica limitándose a restaurar las partes destruidas.

La iglesia de Santa María de Erandio, templo erigido entre los siglos XV-XVI, fue considerado como uno de los más antiguos que se conservaban en la provincia de Vizcaya y el mejor ejemplo de torre-fortaleza. Este caso permite analizar la actuación de un organismo clave en la conservación monumental en Vizcaya, la

<sup>2</sup> AHFB – Bilbao Sección Segunda 0394/111.

Junta de Cultura Vasca. La Junta subvencionó unas obras de restauración, dirigidas por el arquitecto Calixto Emiliano Amann, que aunque en algunos puntos resultaron excesivas, nos permiten valorar la utilización de nuevos materiales, como el hormigón armado, en la restauración monumental.

El objetivo de esta comunicación es completar una parte de la historia de la arquitectura vizcaína, analizando la evolución de la restauración arquitectónica en la comarca del Gran Bilbao a través de los ejemplos más significativos. Asimismo, podremos conocer la actitud de los arquitectos a la hora de abordar el proyecto de restauración: su respeto hacia la obra del pasado, la asimilación de los principales criterios restauradores europeos, sus influencias, utilización de nuevos materiales, etc. Por último, esta aproximación a la restauración monumental vizcaína nos permitirá conocer el grado de compromiso e interés de las instituciones públicas y agentes implicados en la conservación y estudio del patrimonio histórico-artístico de la provincia.